

Iniciativa de exploración subterránea en Alcázar

Porfirio Rojano, residente en Madrid, yerno de la Santiaga la Peluza, nada menos, que es como decir raíz del alcazareñismo neto, hijo del Forasterillo, apodo que le clavarón a su padre por haber venido a Alcázar de muy pequeño, desde Perrote, donde nació y, claro, era un forastero diminuto, un forasterillo, como le llamarían en su calle las vecinas, pues los abuelos se vinieron de hortelanos a la huerta de Cándido el Pití, el Forasterillo creció y se casó con una de la tía Teresa del Horno de la Placeta de la Bolsa, horno que después pasó a poder de Francisco Rebato, el cochero de Don Joaquín y estuvo funcionando mucho tiempo. El Perrete también era nieto de aquel hortelano, José Muñoz y tía de ambos, del Forasterillo y de Francisco, la Cándida, mujer de Carpo el conductor, uno de los hombres más buenos y de mejor carácter que han pisado las calles de Alcázar, que ya figura en esta obra con la justicia que merece al hablar del vecindario de la calle de la estación, inolvidable por tantos conceptos. Cuando vivía en la casa de la Roca y estaba de descanso traía revueltas todas las casas de la calle y lo mismo cuando se mudó a casa de Gabriel Mata. Carpo no tuvo hijos, pero fue una lástima porque le hubiera pasado lo que a la mata que echó las calabazas de Chichín, que ¡bendita mata!, como le decía el ama al llenárselas de vino.

Yo creo que ya está esto claro pero es menester fijarse en la agudeza de la gente y en lo espontánea y fácilmente que le salen las cosas al poner los apodos, que parece mentira que algunos se enfaden y no sientan el orgullo de llevarlos por ser el fallo de todo su pueblo.

Pues siendo Porfirio muy chico, estaba de quintería en el Cerro Mesado con Gregorio Melenas y el Cadáver, otros dos apodos clavados hasta la medula, y a uno de los gañanes que estaba como a 300 metros al norte de la casa de Cándido el Pití —y va brisca—, se le hundió una mula y quedó un agujero 'que con las lluvias se hizo mayor y causaba respeto a todo el que andaba por allí.

Un día llevaron a Fote —y va de retro— el de la Victoriana, a enjalbregar la casa, hablaron del caso en las gachas y como era así, dijo que se atrevía a entrar. Le ataron al cuerpo la lía de cargar la mies en la galera y le dieron un farol encendido, soltándole bastante sogá, pero él pedía más, como las cometas cuando anda aire y se remontan mal y al hermano José María y a Gregorio les dió miedo y en lugar de soltarle sogá tiraron de él. Al salir explicó que había gale-rías y podía haberlas visto ya que estaba dentro y alumbrado.

Han pasado más de sesenta años y no se ha hablado nada del asunto, pero Porfirio continúa pensando qué será lo que haya allí debajo de la tierra y ahí queda por si algún temático ha llegado a averiguarlo que lo diga.